

OH JOSE EUSTASIO RIVERA *Jc*

Escribe: JORGE ENRIQUE LEAL G.

Mucho hemos leído acerca de este deslumbrante poeta y con sinceridad confesamos que uno de los estudios más densos e imparciales que de su personalidad y de su obra en verso se han hecho, es sin duda el debido a la pluma de Rafael Maya, cuando, para conmemorar los primeros diez lustros de vida del joven departamento del Huila, se dieron a la luz, por enésima vez, los acabados sonetos de "Tierra de Promisión".

Nos ha parecido preferible por tanto, más que iniciar un discutible ensayo propio sobre el caballero de las llanuras ilimites, compendiar para estas breves líneas recordatorias de los treinta años de muerte del sonetista, los juicios reposados y densos de perspectiva del maestro payanés.

En imágenes acertadas y vigorosas, henchidas además de una aristocrática elegancia, nos cuenta Maya la irrupción de José Eustasio al escenario bogotano de las letras:

"Era como si el viento de la selva —dice— hubiese penetrado de improviso en una sala hermética, donde las flores raras rimaban con los cortinajes exóticos y éstos con las mujeres pálidas... a fuerza de aspirar perfumes, y todo ello con las nubes aromadas que difundían los escondidos pebeteros. Aquel ambiente aristocrático, pero un tanto artificial, fue sustituido por el imperio de las fuerzas desatadas de la naturaleza. Un saludable primitivismo ocupó el lugar de todo aquel lujo decadente, en nombre del cual se estigmatizaba, como cosa de bárbaros, el llamado entonces **tropicalismo**, o sea la expresión nacional del arte. Rivera conquistó en breve todas las posiciones, y sin que su escuela hubiese significado la muerte de los otros valores literarios, de procedencia europea, logró que su arte se impusiese en lo futuro, como lo estamos presenciando ahora, en este por-

tentoso amanecer de las letras americanas. Rivera es hoy más actual que la mayor parte de sus coetáneos. Sus sonetos no han perdido ni en frescura ni en inspiración; y no han perdido ninguna de estas virtudes, porque fueron consecuencia de emociones directas tomadas de las eternas fuentes de la naturaleza. Nada es libresco ni erudito en sus versos. La sensación del paisaje perdura en sus poemas, dándoles frescura, como el aceite mantiene siempre brillantes las huellas del pincel en la tela”.

Versos perfectos de salvaje realce, los bautizó Juan Lozano, tan espontáneo en el elogio justo, pero tan sincero también en la condenación de los falsos afeites; transcribimos aquí algunos de los que viven en la memoria de todos:

*Mágicas luces el ocaso presta
al ventisquero de bruñida albura;
y junto al sol, que en el cristal fulgura,
arbola un ciervo su enramada testa.*

*Al yerto soplo de la cumbre enhiesta
arisco frunce la nariz oscura;
y en su relieve escultural perdura
un lampo róseo de la brava cuesta.*

*Súbito, en medio del granate vivo,
infla su cuello, bramador y altivo;
con ágil casco las neveras hiende,*

*y sobre el bloque rutilante y cano,
como la zarza del Horeb, se enciende
su cornamenta en el fulgor lejano.*

Este soneto, con los de los potros, la mariposa, el escarabajo, el tigre, la paloma torcaz y otros, son para Rafael Maya “realmente escultóricos y semejan frisos o metopas de alto y de pujante relieve”.

En algunos, en cambio, al decir del mismo crítico “hay una cordial emoción lírica que se disuelve en el paisaje y hace que este, en lugar de hallarse enmarcado por líneas precisas, se esfume hacia lejanías incalculables”. Veamos estos:

*Cuando apagan los vientos su arrebol de verano
desfallece mi alma con la luz vespertina;
y al mugir de los toros en la loma vecina,
me contagia sus viejas pesadumbres el llano.*

*Entre azules luciérnagas fosforece el pantano;
a la diestra mi sombra vacilante camina,
y ante el santo lucero de la tarde se inclina
una palma, en la ceja del poniente lejano.*

*Ya se quejan las ranas... El paisaje se esfuma,
y en mi sér y en los campos va cayendo la bruma;
sobre el cerro columbro de una hoguera el fanal,*

*y al sentir que algo inmenso y angustioso me llena,
lanzo un grito!... Y entonces, compartiendo mi pena,
se remonta una garza del borroso juncal.*

*Con pausados vaivenes refrescando el estío,
la palmera engalana la silente llanura;
y en su lánguido ensueño, solitaria murmura
ante el sol moribundo sus congojas al río.*

*Encendida en el lampo que arrebola el vacío,
presintiendo las sombras, desfallece en la altura;
y sus flecos suspiran un rumor de ternura
cuando vienen las garzas por el cielo sombrío.*

*Naufragada en la niebla, sobre el turbio paisaje
la estremecen los besos de la brisa errabunda;
y al morir en sus frondas el lejano celaje,*

*se abandona al silencio de las noches más bellas,
y en el diáfano azogue de la linfa profunda
resplandece cargada de racimos de estrellas.*

Pero no se funda únicamente en joyas como las anteriores, la gloria literaria de Rivera; posee este unos cuantos sonetos, pocos en verdad, que hubieran bastado para prolongar su nombre hasta nosotros; son aquellos en que según Maya —y con sus palabras nos identificamos plenamente— “la entonación lírica sofoca todo decorativismo y todo intento de descripción,

prevaleciendo como una nota de sincera y honda emoción humana. Era Rivera un poeta lírico que no alcanzó a dar la expresión de su sentimiento, aislada de los elementos imaginativos que constituyeron siempre la parte sustantiva de su inspiración. Pero si no logra esta autonomía de la emoción, que singulariza al lírico puro, sí sabe refundir íntimamente su acento personal con las impresiones que, en su sensibilidad, dejan las cosas del mundo exterior. El poeta y la naturaleza se desposan místicamente. El paisaje se torna entonces parte esencial del espíritu del poeta, y, al inmaterializarse, asciende como bruma luminosa atraída por las estrellas. En estos sonetos puede estudiarse aquella parte del alma de Rivera que permanecía como inexpresiva u oculta cuando el poeta derrochaba colores, en su afán de realizar los grandes frescos murales de su decoración tropical". He aquí estos dos:

*En la estrellada noche de vibración tranquila
descorre ante mis ojos sus velos el arcano,
y al giro de los orbes en el cenit lejano
ante mi absorto espíritu la eternidad desfila.*

*Avido de la pléyade que en el azul rutila
sube con ala enorme mi numen soberano,
y, alta de ensueño y libre del horizonte humano,
mi sien, como una torre, la inmensidad vigila.*

*Mas no se sacia el alma con la visión del cielo;
cuando en la paz sin límites el cosmos interpelo,
lo que los astros callan mi corazón lo sabe;*

*y luego una recóndita nostalgia me consterna,
al ver que ese infinito, que en mis pupilas cabe,
es insondable al vuelo de mi ambición eterna.*

*Mientras las palmas tiemblan, un arbol ligero
en solitarias ciénagas disuelve su rubí;
todo se apesadumbra, y hacia lejano estero,
sonroja en el crepúsculo sus alas un neblí.*

*Algo desconocido del horizonte espero...
Vana ilusión! Nublóse la franja carmesí;
ya suspiró la tierra bajo el primer lucero,
y siento que otros seres lloran dentro de mí.*

*Me borraré la noche. Mañana otro celaje;
¿y quién cuando yo muera consolará el paisaje?
¿Por qué todas las tardes me duele esta emoción?*

*Mi alma, nube de ocaso, deja lo que perdura;
y como es mi destino sufrir con la Naturas,
se apagan los crepúsculos entre mi corazón.*

Gentilmente cedidos por la hermana del poeta, y con el mérito casi seguro de ser una verdadera primicia por su calidad de inéditos, damos a conocer los dos siguientes sonetos, que por afortunada coincidencia pertenecen, el uno a la juventud del bardo, cuando José Eustasio ensayaba sus primeras armas en el reino de la poesía, y el otro al año de su muerte, cuando quién sabe que fúnebres presentimientos anunciaban a su alma el inminente abrirse de la eternidad. Los dos, en todo caso, constituyen una hermosa muestra de motivos poco frecuentados como tema de sus sonetos, cuales son los que inspiran en el afecto de los seres que nos pertenecen por el querer de la sangre, o en el culto a la novia que un día nos hizo entrever con su sonrisa, el mágico país de los ensueños.

MITAD DEL ALMA

(A mi madre)

*Mitad del alma, a mi dolor sumisa
y en quien solo mi espíritu confía.
Todo, —porque he sufrido— ya me hastia
menos la bendición de tu sonrisa.*

*En esta senda que mi planta pisa,
¿Cómo habré de olvidarte, estrella mía?
Que se entreabra el botón sin ver el día
o que aliente el murmullo sin la brisa!*

*Ya hay nieve en tus cabellos en vez de oro.
Por eso al verte me provocho al lloro
y soporto en silencio la amargura.*

*¡Ay! madre! porque pienso con tristeza,
que esa nieve es de mi alma la blancura
que pasó a eternizarse en tu cabeza.*

Septiembre de 1907.

A M O R

*Buscando una palabra de mágico sentido
que a tu alma sorprendiera con el primer temblor,
"AMOR", cuando eras niña, te murmuré al oído;
y huiste.. ni siquiera te iluminó el rubor.*

*Más tarde, alto mancebo, de laureles ceñido,
te hallé bajo el crepúsculo, deshojando una flor;
sin mirarme, callabas con tu desdén temido.
y en vano mis plegarias repitieron: "AMOR".*

*Vieron mis ojos tristes pasar la primavera;
color de hojas marchitas tomó tu cabellera,
mi conturbado acento jamás volviste a oír.*

*Y hoy que al postrer invierno se congeló mi estío,
se abre como una rosa tu corazón tardío,
solo porque mis labios suspiraron: "MORIR".*

Nueva York, 1928.

No queremos concluir estas líneas sin referirnos, muy brevemente, a "La Vorágine"; como novela se la ha considerado siempre, sin que encaje rigurosamente dentro de los moldes del género; debe tenerse más bien como una secuencia de emocionantes episodios, enmarcados dentro del lujurioso paisaje de nuestras selvas del Sur; un canto a ella, a esa selva bravía y absorbente, infernal y despiadada, es en verdad el libro de Rivera, "la más alta nota en lo descriptivo y quizás en lo interpretativo, aunque esto último a despecho del propio autor, que se deja envolver por el embrujo de la naturaleza amazónica", como bien lo dijo Luis Alberto Sánchez.